

# Benjamín Jarnés en *La Vanguardia* (1931-1936)

Adolfo Sotelo Vázquez

«Nerviosos los ojos de violeta y chispa,  
los lentes recién inventados ante la viva fantasía».

Juan Ramón Jiménez: «Benjamín Jarnés» (1934)

En el benemérito tomo *Ensayo de una biblioteca jarnesiana* (Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1988), su autor Juan Domínguez Lasierra listaba la producción de Jarnés en un gran número de revistas y periódicos: desde la etapa que Enrique Díez Canedo llamó la «prehistoria» de Jarnés, pasando por los últimos años veinte, los años republicanos y de la guerra civil, hasta el período americano. En el capítulo de los artículos aparecidos en *La Vanguardia* de Barcelona, Domínguez Lasierra presentaba un repertorio de 91 entradas, que cronológicamente se inician con la crítica de *La ley del pecado*, novela de Ramón M. Tenreiro, publicada el 10 de marzo de 1931, y se cierran con el artículo «La gracia inmaterial de Betty Boop», que vio la luz el 11 de octubre de 1936, cuando el diario barcelonés inicia una sección rotulada «La escena. La pantalla», dentro de las actividades de retaguardia, «en horas de tan seria responsabilidad como las que nuestro país está viviendo» y «en tanto nuestras tropas siguen estrechando el cerco que tienen puesto a las posiciones fascistas», según se podía leer en el propio periódico.

Sin menoscabar lo más mínimo la esforzada tarea de Domínguez Lasierra quiero, en estas horas del cincuentenario del fallecimiento de Jarnés, llamar la atención sobre el carácter insuficiente que tiene su *Ensayo de una bibliografía jarnesiana* en lo que atañe a la labor publicista aparecida en *La Vanguardia* durante los años treinta. Al consultar la colección del periódico barcelonés que se custodia en su sede de la calle Pelayo he podido constatar que la colaboración de Jarnés se inicia el 3 de febrero de 1931 y finaliza, en efecto, el 11 de octubre de 1936<sup>1</sup>. En total el número de artículos

<sup>1</sup> Agradezco la ayuda que en estas labores he recibido de Noemí Montetes y Raquel Velázquez, becarias del Departamento de Literatura Española de la Universidad de Barcelona. También las puntuales informaciones que me ha proporcionado la profesora Virginia Trueba.

que el olvidado escritor aragonés publica en *La Vanguardia* asciende a 211 (treinta y cinco en 1931, cincuenta y uno en 1932, cuarenta y cuatro en 1933, treinta y tres en 1934, treinta y uno en 1935 y diecisiete en 1936). En realidad, durante esos años la firma más importante y casi más habitual del diario de los Godó es la del autor de *El profesor inútil*, quien comparte columnas con Gaziél —el director del periódico—, José María Salaverría, Luis de Zulueta, José Pijoan y Mario Verdaguer, por citar alguno de los nombres más relevantes. Son, por otra parte, los años de una fuerte expansión de *La Vanguardia*, que contaba con 80.000 suscripciones y con una tirada que oscilaba entre los 200 y los 250.000 ejemplares, a la par que su sección de internacional se veía potenciada por las corresponsalías de Berlín (primero Augusto Assía y luego Eugenio Montes), de Londres (Julio Acebal y Augusto Assía), de París (Juan Aramburu), Roma (Juan Ramón Masoliver) y New York (Aurelio Pego)<sup>2</sup>.

Benjamín Jarnés inicia su colaboración en el periódico barcelonés cuando abandona las columnas del vespertino madrileño *La Voz* y la simultaneará con su larga serie de «Lecturas» que publica en los periódicos *Crisol* (1931) y *Luz* (1932-1934), y en el porteño *La Nación* (1929-1938). Sin embargo, tanto los artículos de los periódicos de Urgoiti como los del gran rotativo de Buenos Aires tienen, por lo general, el común denominador de atender a las obras y a los autores de actualidad (con el anexo —muy importante— de las críticas de cine), mientras que la amplia colaboración en *La Vanguardia* responde a otra tipología, que no es, en su diversidad y en sentido estricto, la de la crítica literaria.

Especialmente en *Luz* y *La Nación* Jarnés desarrolló con un afilado bisturí crítico uno de los mejores capítulos de la crítica literaria española de la Edad de Plata. Las lecturas y los autores analizados conforman un mosaico riquísimo. En la nómina de lecturas españolas de *La Nación* da cuenta de libros de Unamuno, Azorín, Baroja, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Ortega, Gabriel Miró, Pérez de Ayala, Gómez de la Serna, Pedro Salinas, Jorge Guillén, García Lorca, Alberti, Max Aub, Rosa Chacel y un largo etcétera. En su tribuna de *Luz* —más afín a la que mantuvo en la *Revista de Occidente*<sup>3</sup>— lo dominante son las lecturas extranjeras: Blaise Cendrars, Drieu de la Rochelle, Alfred Döblin (*Berlín Alexanderplatz*), André Maurois, Jean Giraudoux, etc. Continuaba así la tarea inicia-

<sup>2</sup> Tomo los datos del excelente estudio de Manuel Llanas, Gaziél: vida, periodismo i literatura, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1998.

<sup>3</sup> Para calibrar su papel en la revista de Ortega basta leer las escuetas y agudas líneas que le dedica Francisco Ayala en «Del paraíso al destierro», Recuerdos y olvidos, Madrid, Alianza, 1988, pp. 106-107.

da en la *Revista de Occidente* donde se había ocupado con notable puntualidad de Jorge Luis Borges, Jean Cocteau, James Joyce, Paul Valéry, Aldous Huxley... Esta ingente cantidad de trabajos críticos le perfila como «un crítico y ensayista culto, perspicaz, que estuvo al corriente de la actualidad literaria y artística de su tiempo, a la que sirvió de cronista»<sup>4</sup>, según atinado juicio de uno de sus mejores concedores, el profesor Domingo Ródenas.

Pero para completar el conocimiento de su labor de crítico, desplegada también previamente a los años que nos ocupan en *La Gaceta Literaria* (1927-1931), es necesario acudir a sus tareas de publicista en *La Vanguardia*. El grueso de los artículos que Jarnés publicó entre 1931 y 1936 se encuadra en cinco series. Al margen quedan cuatro artículos sobre Goethe publicados en marzo de 1932; un artículo rotulado «Homenaje» sobre las «Charlas al Sol» de Félix Lorenzo, «Heliófilo»; y los dos que publicó tras el inicio de la guerra civil, en septiembre y octubre de 1936. Las cinco series (que se encuentran representadas por los cinco artículos que se publican a continuación) son: «Letras» (iniciada el 3 de febrero de 1931), «Tipos» (que se abre el 5 de abril de 1931), «Arte» (comienza el 12 de abril de 1931), «Paisajes» (iniciada el 30 de julio de 1931) y «Límites» (la más tardía, el primer artículo ve la luz el 13 de octubre de 1932). Ninguna de las series pertenece en sentido estricto a los dominios de la reseña y análisis de obras literarias de actualidad, aunque alguno de los artículos de «Letras» sea una oportuna e inteligente lectura de tal o cual novedad editorial. No obstante, es necesario subrayar el carácter de reflexión crítica y de breve ensayo estético e ideológico –con la literatura al fondo– que tienen, por lo general, las series «Letras», «Paisajes» y «Límites». Sustancialmente diferentes son «Arte» (agudas digresiones sobre la pintura, la música y el cine) y «Tipos», serie que conforma uno de los hitos fundamentales de los quehaceres periodísticos de Jarnés durante los años treinta.

La serie «Letras» está formada por sesenta y seis artículos. Su denominador común es la atención al universo de un libro, más que para dar noticia de sus valores estéticos y literarios, para poner de relieve los acentos vitales de la obra y de la labor literaria. Jarnés, tal y como dejó expuesto en el importante prólogo a *Teoría del zumbel* (1930), no concibe el arte al margen del hombre y de la vida<sup>5</sup>. Lo vital es la primera e imprescindible premisa desde la que urdir el texto artístico (luego vendrá el acto diferencial

<sup>4</sup> Domingo Ródenas, «Presentación» a *Benjamín Jarnés*, Paula y Paulita, Barcelona, Península, 1997.

<sup>5</sup> *El interesado lector puede leer con provecho el capítulo «Arte y vida» de Emilia de Zuleta, Arte y vida en la obra de Benjamín Jarnés*, Madrid, Gredos, 1977, pp. 27-40.

de la expresión); y lo vital abarca, a su juicio, tres latitudes: «el subsuelo, la tierra firme, el vago azul»<sup>6</sup>. No cabe soslayar alguna de las tres regiones, sino que la función del verdadero artista es integrarlas, porque «la gavilla de ímpetus» que enriquece al arte está en todo el hombre, en «el arte por la vida», según certera expresión que emplea en el artículo «El humanismo en quiebra» (5-VIII-1932). La cercenación de lo vital que observa en el arte contemporáneo –motivo recurrente de «Letras»– es hábilmente censurada en *Teoría del zumbel*: «Mientras los nietos de Freud –bastardos o legítimos– pretenden hundirse en los negros desfiladeros donde, efectivamente, nos damos la mano con la bestia, donde un rescoldo ancestral o un nervio danzante pueden explicarlo todo, los nietos de Carlyle, colaboran obstinados en el alza del papel hombre, situándolo heroicamente en planos enraizados donde ni el aire mece ni calienta el sol; y otros siguen cultivando –más modestos– el hombre normal que la ve, se enamora y honestamente se casa. De unos y otros hay ejemplos entre los poetas, entre los artistas de hoy»<sup>7</sup>.

Cada una de las tres direcciones son insuficientes como expresión artística de lo vital. Es necesaria su integración para convertir el arte en una exploración de la vida toda del hombre. Poner de relieve estos acentos vitales ahormados en formas estéticas suficientes es la tarea pertinente de la crítica, como ejercicio de discernimiento y de fijación de valores, al margen de otros caminos críticos, frívolos y superficiales, que Jarnés caracterizaba con dureza: aquellos que sólo expresan «discrepancias entre la obra y el crítico, como si el crítico tuviera que ‘revelarse’ en cada crítica, en vez de ‘revelar’ la obra, como es su deber. Esta crítica, a veces perfectamente necia, interjeccional, desde luego ineficaz, suele ser uno de los espectáculos más divertidos que nos ofrece la llamada literatura ‘de acción’, violencia y otras zarandajas. Gritar una discrepancia es bien poca cosa, cuando no es un acto de inútil vanidad. O de miedo a juzgar»<sup>8</sup>.

El arte y la vida dominan la reflexión «Dos hombres de acción», en la que el arte barojiano se perfila como galvanizador de realidades insignificantes. También es el binomio que enhebra el artículo acerca de Miró, donde escribe: «He aquí el héroe de los libros de Miró: lo ordinario, hecho materia

<sup>6</sup> Benjamín Jarnés, *Teoría del zumbel*, Madrid, Espasa Calpe, 1930, p. 29.

<sup>7</sup> *Ibidem*, pp. 29-30.

<sup>8</sup> Benjamín Jarnés, *Límites y Lecturas*, Cuadernos Jarnesianos, 10, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1988, p. 48. En un artículo de la serie «Letras», «La semana del buen libro» (17-IV-1932) acusaba a la crítica literaria española, salvo raros ejemplos, de practicar funciones de «acomodador»: «valorar, jerarquizar es arduo, es siempre más fácil –dirán– ‘quedar bien’ con los amigos»; para preguntarse –retórico e irónico– «¿dónde encontrar a los sucesores de Clarín?».